

EL ÁRBOL FIESTA MURCIANA

Francisca Moya del Baño
Universidad de Murcia*

Resumen: El trabajo consiste en una “lectura” del poema, “El árbol”, del escritor murciano del siglo XIX D. Juan José Herranz y Gonzalo, Conde de Reparaz, poema que incluyó D. Avelino de Armenteras y Vintró en su libro *“Poesías forestales. Colección de poesías de autores antiguos y modernos, que cantan los árboles y los montes*, publicado en Madrid en 1913.

Résumé: Le travail consiste à une “lecture” du poème “L’arbre” de l’écrivain murcien du XIXe siècle M. Juan José Herranz y Gonzalo, Comte de Reparaz, poème que M. Avelino de Armenteras y Vintró inclut dans son livre *Poésies forestières. Recueil de poésies d’auteurs anciens et modernes, qui chantent les arbres et les montagnes*, publié à Madrid en 1913.

0. A MODO DE INTRODUCCIÓN

El azar puso ante mis ojos este poema; hojeaba y ojeaba en la Biblioteca Nacional un curioso y raro¹ libro por sí en él quizá se hallaba alguna traducción del poeta latino Tibulo; no la encontré, pero entre las joyas que allí hay apareció una con el título que encabeza este trabajo; leí los versos con sorpresa y admiración, y supe, porque así consta al final del poema, que eran del Conde de Reparaz. En ese momento decidí ofrecérselos como homenaje

* **Dirección para correspondencia:** Dpto. de Filología Clásica. Universidad de Murcia fmoya@um.es

¹ No hemos encontrado muchos ejemplares, el que utilizamos (Madrid-BN 4-17022), y otros, en la Biblioteca del Senado, Universidad de Valencia, en la Universidad Politécnica de Madrid, y en la Biblioteca Pública Jovellanos (Principado de Asturias).

al Profesor Hernández Serna; había muchas razones para ello; según fui leyendo y releendo el poema, y sabiendo más de su autor, las razones para traerlo a estas páginas se multiplicaban.

1. EL LIBRO Y SU AUTOR

El libro lleva un título muy elocuente; reza así: “*Poesías forestales. Colección de poesías de autores antiguos y modernos, que cantan los árboles y los montes*, compiladas por Andrés Avelino de Armenteras, Ingeniero de Montes, y precedidas de un Prólogo del mismo. Madrid, Imprenta de Ricardo de Rojas, 1913”.

Un ingeniero de montes decide llevar a cabo una antología de poemas en que los árboles y montes son los protagonistas; amante de las letras se nos aparece aquí como el intelectual y cumplido lector que fue, pues la selección de autores, como indica el título, contempla, podríamos decir, la literatura universal, siendo muy amplia la nómina de ellos, entre los que podemos mencionar, a modo de ejemplo, los nombres de Arolas, F. Balart, A. Bello, Fray Luis, Gil Polo, Heine, Jovellanos, Lessing, Lope de Vega, Martínez de la Rosa, Quevedo, Selgas, Zorrilla, Virgilio, y un largo etcétera.

De este ingeniero, autor y prologuista de la selección de poemas, Andrés Avelino de Armenteras y Vintró (1866-1926), sabemos que había publicado en 1903 un interesante libro, *Curiosidades artísticas e históricas de los Montes, con explicación de las más beneficiosas influencias del arbolado y de las más importantes nociones forestales*²; también que pronunció importantes discursos y conferencias, que se publicaron la mayoría de ellas³, que fue uno de los Directores de la *Revista de Montes*⁴, revista que se mantuvo entre 1877-1926. Colaboró en las revistas *Sociedad Forestal Mexicana* y en *México forestal*⁵, fue miembro de la “Societat econòmica barcelonesa d’amics del País”⁶. Su importante papel lo ha destacado,

2 El Prólogo es de Francisco de Paula Arrillaga, y se edita en Madrid, en la Imprenta de Ricardo de Rojas; lo componen 276 páginas.

3 Por ejemplo, en 1907 hablaba de la “Necesidad de separar en España la política de la administración”, obra que, sabemos, ingresó en la Biblioteca del Ateneo de Madrid en 1909 (cf. Boletín de la Biblioteca del Ateneo Científico, Literario y Artístico, año I, núm. 1, Madrid, enero 1910, p. 23; (<http://www.ateneodemadrid.net/bibliotecadigital/periodicos/Revistas-00252.pdf>); el 14 de febrero de 1910 pronunció en el Ateneo la conferencia “El problema forestal en las Repúblicas Iberoamericanas e influencia de la repoblación de los montes en las inundaciones” (<http://www.ateneodemadrid.net/bibliotecadigital/periodicos/Revistas-00253.pdf>); sobre “La ciencia ante el pueblo”, pronunció un discurso en el Teatro Calderón de Valladolid (Imprenta de Ricardo F. de Rojas; 1915); y dio una Conferencia sobre “La Patria”, en el Teatro Lope de Vega de Valladolid, el día 23 de febrero de 1917 (impresa en Madrid, imp. Julio Cosano, 1917); y consta que dio otra Conferencia en la Asociación general de los Cuerpos Auxiliares Facultativos de Ingenieros el día 26 de diciembre de 1917 (Imprenta de J. Fernández- Arias, 1917), datos estos que encontramos en “Colecciones facticias” en *Comisión de Catalogación- UPM, C-2000-5* (cf. <http://www.eui.upm.es/biblio/intranet/docs/c-2000-5.pdf>).

4 Cf. Fernández Clemente, E., “Las revistas de los ingenieros”, 21 pp., en p. 10 (en <http://www.unizar.es/eheap/eloy9.pdf>)

5 Cf. Castañeda Rincón, J., “Las áreas naturales protegidas de México. De su origen precoz a su consolidación tardía”, en *Scripta nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Universidad de Barcelona, v. X, num. 218 (13), 1 agosto 2006, nota 16.

6 Cf. http://www.sebap.com/pdf/Bio4_Lista_Socis_1834_1900.pdf

junto a otros ocho ingenieros, E. Bauer Manderscheid, en su obra, *Los montes de España en la historia*⁷, y de la selección que nos ocupa deducimos que era amigo de los poetas murcianos de su época, o al menos los conocía y admiraba, pues su presencia en el libro es bastante notable.

En este hermoso libro, pues, en las páginas 314-317, encontramos este espléndido poema, que reproducimos.

2. EL POEMA

EL ÁRBOL

FIESTA MURCIANA

- 1 Ensalcemos al árbol, que frondoso,
 Lo mismo en la montaña que en el llano,
 Ofrece al labrador grato reposo
 En las siestas ardientes del verano,
 Y con cariño tierno 5
 Le entrega secas ramas
 Con que pueda encender hermosas llamas
 Que calienten su hogar en el invierno;
 Y cuando el cielo azul se entenebrece
 Y la tormenta en rayos se desata, 10
 Y el hombre se estremece
 Pensando que la nube asuela y mata,
 El árbol se engrandece;
 De su vida hace ofrenda
 Sin susto ni desmayo, 15
 Y por salvar al hombre la vivienda,
 En su rama mejor recibe el rayo.
- 2 Allí donde el plantío,
 Por su gran extensión, es ya floresta,
 La masa de arbolado manifiesta 20
 Su augusto poderío,
 Y hace feraz terreno, del baldío;
 No limita las gracias y tributos
 A dar flores y frutos:
 Sus copas verdes, esponjosas, huecas, 25
 Efluvios de salud dan al ambiente;
 Y más tarde, al perder sus vestiduras,
 Las tristes hojas secas

7 Libro publicado en Madrid por el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, en 1980.

- Ofrecen a la tierra ardor viviente,
 Aliento de esperanzas y venturas. 30
- 3 Los árboles unidos
 Y del campo señores,
 Entre sus ramas, acarician nidos
 De oropéndolas, mirlos, ruiseñores,
 Armoniosos cantores, 35
 Que pagan su hospedaje
 Expurgando de insectos destructores
 El espeso follaje.
- 4 Si el suelo tiene sed abrasadora,
 Los árboles de lindes y ribazos 40
 Al cielo elevan sus nudosos brazos
 En demanda de lluvia bienhechora,
 Y si llega la lluvia de repente,
 Y quiere por su fuerza y su bravura
 Convertirse en torrente 45
 Que arrase, desbordado, la llanura,
 Los troncos le hacen frente
 Y amansan, dividiendo la corriente.
- 5 Al árbol que plantamos,
 Trencemos cintas y colguemos ramos. 50
 Nacido en la comarca tiene abolengo noble:
 Será un nogal, una morera, un roble;
 Pero a todos abarca la honrosa ejecutoria
 De aquellos esforzados
 Árboles seculares, 55
 Cuyos hechos, por siempre, están guardados
 En las hojas del libro de la historia.
- 6 Una noche de horror y desventura,
 Las aguas del Segura,
 Empujadas por ríos hechos mares 60
 Entraron a torrentes en la vega,
 Arrastrando en su marcha hirviente y ciega
 Vidas, chozas, ajuares,
 Aperos de labranza y aun altares;
 Y los árboles, firmes en sus puestos, 65
 Con los troncos enhiestos
 Y las ramas tendidas, como lazos,

Con el instinto de animados seres,
 Salvaron en sus brazos
 Miles de hombres, niños y mujeres. 70

7 Plantemos las moreras: sus verdores
 Serán seda mañana,
 Y al convertirla en galas y esplendores
 La vanidad humana,
 De todas las alturas 75
 Vendrán ríos de dichas y venturas
 A inundar la feliz tierra murciana.

EL CONDE DE REPARAZ

3. LA GLOSA

Mi homenaje debería consistir solo en eso, en reproducir el poema y adornarlo con mi silencio; pero parece necesario, no sé si conveniente, añadir algo; será una lectura personal, a modo de glosa, lo que aquí haga, aunque no omitiremos algunas noticias sobre el autor del poema.

El poema, que consta de 77 versos, se distribuye en siete silvas; la variedad que ofrece la alternancia de endecasílabos y heptasílabos con rima consonántica libre la aumenta el diferente número de versos en cada silva, y la diferente proporción de endecasílabos y heptasílabos en cada una. Las silvas oscilan entre los diecisiete versos de la segunda a los siete de la última⁸. Los esquemas no fijos se adecuan al contenido, del que la forma es un excelente trasunto. Valga de primer ejemplo esta visión global, que ofrecemos, la cual corroborará sin duda las impresiones y sensaciones ya experimentadas en la lectura del poema.

La asignación de letra mayúscula a los endecasílabos, y a los heptasílabos de minúscula, y notar con A (a) y B (b) la rima en cada una de las partes, pone ante los ojos la forma de la silva y su ritmo y rima.

| | |
|---------------------|-----------------------------------|
| Silva 1: 17 versos: | ABAB abBA ABaBa abAB ⁹ |
| Silva 2. 13 versos: | aBBaA; Aa; ABCaBC |
| Silva 3: 8 versos; | abAB bcBc |
| Silva 4: 10 versos | ABBA ABaBaA |
| Silva 5: 9 versos | aABB AbcBA |
| Silva 6: 13 versos | AaBCCbB AaBCbC |
| Silva 7: 7 versos | AbAbcCb |

⁸ Silva 1: 17 versos (11 endecasílabos y 6 heptasílabos); silva 2: 13 versos (9 endecasílabos y 4 heptasílabos); silva 3: 8 versos (3 endecasílabos y 5 heptasílabos).

⁹ Observamos que está integrada por 17 versos, 11 endecasílabos (que están representados por mayúsculas) y 6 heptasílabos (representados por minúsculas). La silva, en cuanto a la rima, se divide en 4 partes de cuatro versos, menos la tercera que tiene cinco, rimando, en la primera, 1^o-3^o y 2^o-4^o; en la segunda, 1^o-4^o y 2^o-3^o; en la tercera, 1^o-3^o-5^o y 2^o-4^o; en la cuarta, 1^o-3^o y 2^o-4^o. Omitimos, por innecesaria, esta explicación en las demás silvas.

El poema, escrito desde un “yo” lírico y romántico, que siente la naturaleza a la manera virgiliana dotada de vida y nobles sentimiento, quiere, como su autor, transferir a otros sus profundas vivencias. Adopta la forma de discurso epidíctico, en el que poeta-orador quiere convencer a su auditorio; así, se dirige, en estilo directo, a unos oyentes que celebran la fiesta, una fiesta en la que el árbol es el protagonista y homenajeado; del árbol se irán enumerando sus virtudes, sus nobles y benéficas acciones; de él se hará, como corresponde, el retrato, en el que, sobre todo, se alabarán sus obras.

3.1. Silva 1

La palabra que inicia el poema, sin preámbulo alguno, casi *ex abrupto*, es “ensalcemos”; la idea verbal, la acción de “ensalzar”, ya de por sí significativa, la realza el subjuntivo; que aún el deseo, la orden, la súplica, que impulsa a la acción, en la que, sin duda, el primero de todos, el autor, debe participar; de ahí la primera persona de plural, en la que todos se incluyen. “Ensalcemos” comenzando el poema significa a las claras que hay muchas razones para que todos estén agradecidos y, por lo tanto, alaben al árbol, en un singular que representa al género completo, o, al menos, a los árboles con los que conviven el poeta y las gentes a las que se dirige en la celebración de la fiesta murciana.

La comunidad de intereses y la urgente complicidad en la acción que representa la primera palabra, volverá en el comienzo de la última silva de otra manera; de la loa, es preciso pasar a la acción concreta, física, incluso laboriosa; la de plantar. “Plantemos” se corresponde, pues, con “ensalcemos”; y en la quinta silva, no destacado en el primero, sino situado en el segundo verso, las formas “trencemos” y “colguemos” siguen mostrando la obligación que tienen los hombres de honrar a los árboles, que son, por sus hechos, merecedores del reconocimiento.

El árbol lo merece; es un ser vivo que convive con el hombre, que se preocupa del hombre, lo cuida, lo protege, lo salva. El poeta lo va a centrar en los distintos momentos y vicisitudes del hombre nacido en Murcia, y más concretamente en su huerta, y así aparecerá a los largo de sus versos, que se enlazan también como guirnaldas.

La primera de las virtudes que se destacan del árbol es la de ofrecer al labrador en el verano “grato reposo” en “las siestas ardientes”. El reposo en las siesta es una de las señas de identidad de la tierra murciana; los adjetivos elegidos, con el contraste que implican (grato-ardiente), subrayan la acción benéfica del frondoso árbol, acción benefactora que no cesará en el invierno, pues el árbol, como si fuese una persona, rebosante de amor, entregará lleno de ternura (“con cariño tierno”, v. 5) sus ramas secas para encender el fuego y calentar el hogar. Más no solo eso, el árbol, en los momentos en que el hombre está en peligro, viene en su ayuda, con sacrificio incluso de su vida. Así ocurre cuando se presenta una gran tormenta, que es descrita con las notas fundamentales y con los efectos inmediatos que produce, hasta llegar a ese momento en que el árbol actúa.

El cielo deja de ser azul; “se entenebrece” (v. 9); precioso verbo para evocar la llegada de la tormenta: la oscuridad del cielo, que se cubre de nubes negras; luego aparecen los rayos (la tormenta se desata en rayos); el hombre se llena de temor, piensa en el destrozo y en la muerte (“la nube asuela y mata”, v. 12); pero, cuando sucede todo eso, el árbol se “engrandece” (v.14), con esa grandeza no solo física sino de espíritu, ese espíritu que se le reconoce

en todo momento; su generosidad le lleva a ofrendar su vida, con total valentía (“sin susto ni desmayo”, v. 15), dispuesto a ayudar al hombre y salvar su hogar; por eso “recibirá el rayo en su mejor rama”.

La personificación queda patente en los verbos: “ofrece” (v. 3) al labrador; “le entrega” (v. 6) secas ramas; “hace ofrenda” (v. 14) de su vida; “recibe” (v.17) el rayo. Sus acciones en relación al hombre se compadecen bien con su naturaleza, pues es “frondoso” (v. 3), está lleno de ternura y cariño (“con cariño tierno”, v. 5) y tiene grandeza y valentía (“sin susto ni desmayo” v. 15). La ofrenda de su vida es el más sublime acto de amor, y el árbol, como el poeta lo pinta, es capaz de realizarlo. La presentación del árbol habla tanto del “homenajeado” como de la inmensa sensibilidad de un poeta que sabe descubrir y describir lo que encierra ese ser llamado árbol. En esa línea seguirá.

3.2. Silva 2

La segunda silva se centra en los poderes benéficos de los árboles que, cuando son muchos, además de mostrar una imagen bellísima de poder (“augusto poderío”, v.21), son verdaderos artífices de la fertilidad de la tierra, haciendo feraces los terrenos antes baldíos; mas no solo proporcionan flores, que muestran el esplendor radiante de la huerta, y que luego se convertirán en frutos, destinados a servir de agradable alimento a los hombres, sino que purifican el ambiente; así lo hacen “sus copas verdes, esponjosas, huecas” (v. 25), otorgando “efluvios de salud” (v. 26), unas copas, que, al seguir el ciclo de las estaciones, se convertirán en “tristes hojas secas”, pero capaces, sin embargo, de dar calor y vida a la tierra (“ofrecen a la tierra ardor viviente”, v. 29), y son ejemplo de la eterna transformación, del retorno perenne, del morir y dar vida, una vida llena de “esperanzas y venturas” (cf. v. 30). El poeta —así se nos descubre— ama la naturaleza, siente con ella, vibra en lo más profundo de su ser con esa criatura humana y divina que es el árbol, y se detiene con gusto, de nuevo, en su retrato, pero un retrato “activo”; el poeta, además, en el tiempo poético, que no distingue de secuencias, contempla el otoño y observa la caída de la hoja; ve cómo los árboles pierden sus vestiduras, pero a la vez advierte que no quedan estériles tampoco las hojas ahora secas; su tristeza (“las tristes hojas secas”) se convertirá de nuevo en alegría, en vida renovada, al ofrecer “ardor viviente” a la tierra, capaz de alentar esperanzas que se harán realidades.

3.3. Silva 3

En un auténtico clímax ascendente, en la tercera silva el poeta dirige la mirada a un lugar de este cuadro de la vega murciana, que contempla y pinta, y observa la unidad de estos seres, los árboles, que son los auténticos señores de los campos (v. 32), aunque ese señorío, signo de fuerza y poder, no impide, sino que potencia la hermosa y noble acción de las caricias, dirigidas, en este caso, a la comunidad de seres vivientes que en sus ramas hacen posada y residencia; la acción de “acariciar” atribuida al árbol supone una nota más en la personificación que contemplamos: los árboles acarician los nidos de los pájaros que alegran la vega de Murcia: ruiseñores y mirlos, y también oropéndolas.

El poeta tiene una visión de la naturaleza en armonía, testigo sin par de la colaboración entre sus criaturas, del papel que cada una representa, y de la realidad de un círculo de dones que garantiza que todo beneficio tiene su recompensa. El árbol acoge los nidos de los pájaros y recibe en respuesta —así pagan el hospedaje— su canto melodioso; pero no es solo belleza, sino también utilidad lo que encuentra, pues, gracias a ellos, sus ramas y sus frutos se ven libre de la destrucción de los insectos (cf. vv. 26-38). Árboles y pájaros ayudándose mutuamente, árboles y pájaros recibiendo, unos de otros, los dones de una naturaleza sabia y propicia que ha previsto y provisto momentos de feliz intercambio, que el autor con su alma de poeta sintió en lo profundo de su ser, como sintió la sed de nuestro suelo.

3.4. Silva 4

A la sed de nuestra tierra dedica la silva cuarta. La sed —sed abrasadora— la soporta la tierra y la soportan con dolor los árboles; y la tratan de remediar elevando sus brazos al cielo suplicantes, “en demanda de lluvia bienhechora” (v. 42); lo hacen sobre todo los plantados en “lindes y ribazos” (v. 40), que tienen que estar atentos porque la bienhechora lluvia que desean y piden (v. 42) puede llegar no exenta de peligro; ellos conocen cómo es muchas veces esa lluvia que cae sobre la tierra de Murcia, y están preparados a enfrentarse con ella, dispuestos con todas sus fuerzas a evitar los destrozos que puede causar una lluvia convertida en “torreñera”. Los árboles con sus troncos dividen y amansan la corriente (cf. v. 48), impidiendo que “su fuerza y su bravura” (v. 44) arrase los campos (“que arrase, desbordado, la corriente, v. 46).

Los árboles fuertes, nudosos, con troncos bien enraizados se enfrentan al peligro y defienden la llanura, protegiendo cosechas. Lo hacen todos, pero los de “lindes y ribazos” son los principales encargados de esta tarea, como sabe y pinta el poeta, que, tras revivir momentos de lluvia semejante, insistirá en que el hombre debe honrar a esos amigos y protectores suyos que son los árboles; hay que plantar árboles —lo dirá más adelante— pero al que ya plantamos en su día, y ha crecido, y da sombra y leña, y nutrientes, y evita que la cosecha se pierda, a ese hay que honrarlo.

3.5. Silva 5

La quinta silva incide en esta idea. “Trencemos cintas y colguemos ramos” (v. 50), dice el poeta, a los árboles que en su día el hombre plantó y ahora vivos lo acompañan y auxilian; todos los árboles lo merecen (nogal, morera, roble); todos, desde siempre, son dignos de tener su lugar “en las “hojas del libro de la historia”, v. 57). Los que se plantan y plantarán en la tierra de Murcia, también.

3.6. Silva 6

Un lugar de excepción en el libro de la historia merecen unos árboles, a los que se dedica la silva sexta; son los que, sobre todo, en la riada de 1789, salvaron de la muerte a miles de murcianos. Ocurrió el día de la fiesta de Santa Teresa y el poeta pudo haber sido un testigo

presencial, o haber conocido con detalles una catástrofe que no sólo traspasó los límites de esta tierra nuestra, sino que pasó las de España, como muestra su repercusión en la prensa extranjera. Pero sea como fuere, esta crecida desmesurada del río y los destrozos que produjo está detrás de la escritura de este poema, y, desde luego, de esta silva¹⁰. El poeta describe con detalle ese suceso catastrófico; fue una noche “de horror y desventura” (v. 58), en que el río Segura cambió de golpe su aspecto tranquilo y mesurado, cuando llegaron a su curso, convertidos en mares, sus casi siempre escuálidos —hoy secos— afluentes, como son el río Mula o el Guadalentín —el Reguerón¹¹—, aunque el triste protagonismo lo tuvo, como se sabe, el Guadalentín. El poeta retrata lo ocurrido, y destaca la acción con una sucesión de verbos, en distintas formas: Las aguas “empujadas”, “entraron”, “arrastrando”, y lo pinta eximiendo de culpa al río que da vida a la vega; su “marcha hirviente y ciega” y el destrozado causado, parece decir el poeta, es fruto de una violencia que soporta primero el propio Segura, como ocurriera tantas veces con el romano Tíber, como cantaron Virgilio u Horacio; el Tíber no sólo creció hasta salirse de su cauce, no sólo llevó consigo también “en su marcha hirviente y ciega” todo lo que encontró, sino que llegó a arremeter contra el templo de Vesta; el Segura, insiste, arrastró consigo no solo vidas, ajuares, instrumentos de trabajo del labrador, sino incluso, lo que jamás se hubiera imaginado, llegó a llevarse consigo los altares.

No pudieron los árboles impedir tal calamidad, pero, sin embargo, sí pudieron tender sus brazos hacia sus amigos los hombres, ofreciéndoles sus ramas como puerto de salvación. Subidos a los árboles, contemplarían las pérdidas de ajuares, viviendas y animales, pero, a su vez, sentirían cómo los árboles les habían brindado también a ellos el hospedaje de sus ramas, tras haberles ofrecido sus brazos a los que asirse, mostrando un instinto que parecía no pertenecerles, el instinto de ayuda que tienen las personas o algunos animales, pues, dice el poeta, “con el instinto de animados seres”, fieles a su naturaleza ejemplar y generosa, “salvaron en sus brazos, miles de hombres, niños y mujeres (vv. 69-70).

3.7. Silva 7

El recuerdo de la riada, la ayuda que los árboles proporcionaron en tan triste suceso conduce al poeta a un nuevo apóstrofe; la séptima silva a ello se dedica. Hay que plantar árboles, hay que plantar sobre todo moreras, el árbol murciano por excelencia, el que, en esa misma comunidad y círculo de bienes, ofrece sus hojas para alimento de los gusanos de la seda, que, gracias a ellas, crecerán y, llegado su tiempo, se encerrarán en sus capullos para renacer, bellas mariposas que continuarán el misterio de la vida en los huevos que devendrán al año siguiente nuevos gusanos. Las moreras, hechas capullos, pues a ellas se debe este misterio, serán seda, la famosísima seda de Murcia, hoy, por desgracia, solo historia y tradición, pero que supuso durante tanto tiempo una importante fuente de riqueza.

10 Otro bellissimo y triste poema, “La guitarra”, escribió el Conde de Reparaz para ser incluido en *El libro de la Caridad dedicado por los poetas que lo escriben al socorro de las víctimas de las inundaciones en las provincias de Levante*, publicado á expensas y orden espontánea de S.M. el Rey, Madrid, Imprenta de Enrique Rubiños, 1879, 509 pp. (manejo el ejemplar M BN 1-43471); lo leemos en las páginas 265- 268.

Los árboles que daban grata sombra, que ofrecían calor y vida, como leña o abono, los que se enfrentaban a los torrentes, dividiendo sus aguas para evitar males a la tierra, los árboles que, cuando no podían impedir el mal que el río Segura, sin duda a su pesar, infería a la vega murciana, salvaban vidas, ellos mismos, en concreto, las moreras, harán –si las gentes de Murcia las plantan– que otra clase de ríos, “ríos de dichas y venturas” inunden la tierra murciana. Manteniendo la imagen, convertida en metáfora, el poeta acaba dejándonos ante la vista no los destrozos de la riada, sino una noble y hermosa tierra murciana inundada de dichas y venturas.

4. EL AUTOR DEL POEMA

Hasta aquí la glosa del poema que nos lleva finalmente al autor; aparece firmado por “El Conde de Reparaz”; se trata de D. Juan José Herranz y Gonzalo, nacido en Murcia (28 de agosto de 1839), creado “conde de Reparaz”¹² por el rey Alfonso XII; se casó con Doña Caridad Bravo y Ustáriz, el 4 de junio de 1884¹³; murió en Madrid (1 de marzo de 1912); fue una personalidad muy notable en su época¹⁴, cuya vida y obra está por estudiar.

Decía al iniciar estas páginas que mi encuentro con el poema me decidió a traerlo aquí. La primera razón es que habla de una huerta que conoce bien por haberla vivido el Profesor Hernández Serna; los versos expresan sentimientos que él ha experimentado, colores familiares, sonidos que ha escuchados, incluso habla de los miedos comunes ante el temor de torrenteras o crecidas del río Segura. Bastaría tener en cuenta que el poema habla o puede hablar de Alguazas, de su huerta, de esta tierra que ama, y a la que ha dedicado parte de su actividad investigadora y a la que tanto ha aportado.

Pero había más; el conde de Reparaz fue escritor y periodista, y una parte de su obra está en los periódicos, en periódicos del siglo XIX, campo de investigación muy querido a nuestro homenajeado.

11 En la cabecera del Guadalentín se midieron 600mm, y con 1890m3 por segundo corría el Segura a su paso por la capital. Se inundó, prácticamente, toda la ciudad y la pedanía de Nonduermas “desapareció”.

12 El título de conde de Reparaz parece venirle a Don Juan José de su matrimonio, pues el primer conde de Reparaz fue, en 1728, D. Juan Bautista Uztáriz Gaztelú (cf. <http://www.genealogiafamiliar.net/getperson.php?pers onID=17517&tree=BVCZ>). En la actualidad ostenta el título D. Ramón Melgarejo Armada (cf. Orden de 13 junio de 2003, JUS/ 1857, que se lo otorga), que lo solicitó tras el fallecimiento de su padre, Don Ramón Melgarejo Vaillant, de acuerdo con lo previsto en el artículo 6 del Real Decreto de 27 de mayo de 1912, en su redacción dada por el 222/1988 de 11 de marzo de 1912 (cf. BOE de 7 de marzo de 2003, núm. 57, p.1816, en Anuncios del Ministerio de Justicia).

13 Cf. (AMJ Leg. 157, p. 1342), citado en http://www.congreso.es/docu/dipuhist/diph_indh.htm.

14 Fue diputado del Congreso en tres ocasiones, en las legislaturas 35, 39 y 41 (1884-1886, 1896-1898 y 1899-1901), por la circunscripciones de Orense, Madrid y Toledo respectivamente; cf. página web citada en nota anterior. Fue amigo de intelectuales del momento, como Feliciano y Santiago Liniers, José María Fernández Bremón, Nicolás Estévez, Eduardo Estéfani, etc.; con algunos de ellos protagonizó en 1868 un curioso hecho, que contaba en el *Imparcial* en 1900 Nicolás Estévez y que recogía la “Crónica general” de la *Ilustración Española y Americana* de 15 de octubre de 1900 (número 38, p. 214); amigo fue también de los poetas murcianos que se reunían en Madrid en la tertulia de D. Federico Balart; cf. Díez de Revenga, E., *Artículos adocenos*, Murcia, Nogués, 1930, p. 6, en la “Advertencia” del libro, que reúne una serie de artículos del autor, y que debe –así dice el autor– el adjetivo “adocenos” que sitúa en el título a Federico Balart.

Juan José Herranz, como recuerda Ramos Corrada, “desde muy joven se dio a conocer como periodista, primero en el *Eco del País*¹⁵, después en *La Libertad*, cultivando el género satírico en *La Gorda*¹⁶. Fue redactor de los periódicos políticos *Las Noticias*, *La Ley* y el *Noticiero de España*¹⁷, y escribió en algunos otros, como *La familia*, *La Ilustración española y de América*¹⁸, siendo digna de mención su colaboración en *El Arte*, semanario de grandes ambiciones, cuyo primer número salió a la luz el 14 de octubre de 1866, pero que solo llegó al número 13, fechado en 30 de diciembre del mismo año¹⁹.

La literatura dramática fue ocupación preferente²⁰, en ocasiones casi exclusiva²¹, lo que debió de valerle su ingreso en la Academia; se dio a conocer, como dice Blanco García²², con el drama histórico *La virgen de la Lorena*²³ en el que pintó la figura inmortal de Juana de Arco. Dramas de costumbres son *La superficie del mar*²⁴ y *El alma y el cuerpo*²⁵. Antes de la representación de *La virgen de la Lorena*, había escrito comedias: *¡Buena boda!* (1865)²⁶, *Cada uno en su casa* (1868)²⁷, *Honrar padre y madre* (1873)²⁸, y seguirá escribiéndolas tras abandonar el drama: *El árbol sin raíces* (1874)²⁹ *La mejor conquista* (1875)³⁰, *Las tres*

15 Lo dirigía Eduardo Gasset.

16 Sabemos que lo fundó junto con Santiago Liniers y José María Fernández Bremón.

17 Cf. Ramos Corrada, M., “Periodismo y literatura en el siglo XIX. El Semanario *El Arte*”, *Epos* 16 (2000), 197-209, p. 204.

18 Se añaden *El día* y *El lápiz*; cf. <http://www.cervantesvirtual.com/portal/parodia/autores.shtml>.

19 Cf. Ramos Corrada, art. cit., que analiza las características de este periódico y se ocupa de sus colaboradores; en cuanto al Conde de Reparaz informa de que se ocupa de la visita de Zorrilla a Madrid en “Revista de Madrid”, en el número II; cf. p. 203.

20 Nos referimos a “la ocupación literaria”, puesto que sí se ocupó de política. Su actividad política fue la causante de un buen número de críticas de quienes censuraban que hubiese sido nombrado académico, aunque no solo el Conde de Reparaz recibió los dardos; cf. Zamora Vicente, A., *Historia de la Real Academia Española*; Madrid, Real Academia Española, 1999, pp. 522s., que informa ampliamente de las críticas a la Academia y académicos por parte de escritores e intelectuales de la época, y de los ataques que periódicos como *Gedeón* o *Madrid cómico* ofrecían en sus páginas.

21 No aparece, sin embargo, mencionado en los estudios sobre el teatro español en el siglo XIX. Zamora Vicente, op. cit., p. 161s., dice que el suyo era un “teatro sin gran empuje, destinado a llenar las horas vacías, sin mayores pretensiones”, añadiendo que “hoy está totalmente olvidado. No deja de reconocer que algunas de sus obras tuvieron éxito, por ejemplo, *El capitán Centellas*, estrenada en el Teatro Apolo en 1883.

22 Cf. Blanco García, P. Francisco, *La literatura española en el siglo XIX*, parte segunda, Madrid, Sáenz de Jubera Hermanos, 1891, pp. 430s.

23 Se presentó en 1874; los datos completos son: *La virgen de la Lorena*, drama histórico en tres actos y verso, original de don Juan José Herranz y Gonzalo, Madrid 1874. Conocemos un ejemplar de Madrid, Biblioteca Nacional (M BN T- 20875).

24 Drama en tres actos y verso, Madrid, Imp. José Rodríguez 1882 (M BN T- 5272 y T- 19778, ejemplar con dedicatoria del autor).

25 No hace Blanco García un juicio muy favorable; comparado con el drama de Schiller, dice que nuestro autor se contentó con “superficiales bellezas de la forma”; y que Herranz, consciente de las dificultades del género, se consagró al de costumbres en *La superficie del mar*, *El alma y el cuerpo*, etc., añadiendo que en 1889 presentó de nuevo al público *Las tres cruces*, imitación de *La bola de nieve* (sc. de Tamayo y Baus). No he podido localizar hasta la fecha *El alma y el cuerpo*.

26 Comedia en un acto y en verso, Madrid 1865, Imprenta José Rodríguez (M BN T- 2775).

27 Proverbio en un acto y en verso, original de Juan José Herranz y Gonzalo, Madrid, Imprenta José Rodríguez, 1868 (M BN T-5752 y T-20879).

28 Comedia en tres actos y en verso, Madrid 1873, Imprenta del Indicador de los Caminos de Hierro (M BN T- 7015).

29 Comedia en tres actos y verso, por Juan José Herranz y Gonzalo y José Fernández Bremón, Madrid, Imprenta de Juan Aguado, 1874 (M BN T- 11703).

30 Comedia en tres actos y en verso, Madrid 1875, Imprenta de José Rodríguez. (M BN T- 19589).

cruces (1889)³¹. También se ocupó de la zarzuela, y suyas son: *Perla* (1871)³², o *El capitán Centellas* (1884)³³.

Su producción dramática y su condición social le llevaron sin duda a ser censor de teatros³⁴ y, como hemos recordado, a la Academia; fue Académico de número de la Real Academia de la Lengua de 1902 a 1912, año de su muerte³⁵, uno de los murcianos que ocuparon un sillón en esa importante institución. Su discurso de ingreso versó sobre “La realidad viviente de los personajes imaginados de Tirso de Molina”, y le contestó Don Santiago Liniers y Gallo Alcántara, Conde de Liniers³⁶. Del Conde de Reparaz, como de los demás académicos murcianos, se ha ocupado recientemente el profesor Díez de Revenga³⁷ en un trabajo que aporta interesantes noticias.

El poema “El árbol”, que nos está acompañando, lo muestra como poeta; cultivó ocasionalmente la poesía³⁸, que solía encontrar un sitio en libros colectivos o en las páginas de los periódicos.

A sus poemas les debe convenir algunas de las características que han observado los pocos críticos que han dicho algo de sus dramas³⁹. Hablaba Blanco García de belleza de la forma, y de cierta dependencia de Echegaray⁴⁰. Más positivo es el juicio de José María de Cossío, que habla del Conde de Reparaz como poeta, considerándolo digno de ser incluidos entre los de la segunda mitad del XIX, porque, dice, “tuvo facilidad y delicadeza nada vulgares en sus versos, y llegó alguna vez al acierto literario”; alude a su tendencia alegórica y

31 Comedia en tres actos y verso original de J.J. Herranz, Imprenta de José Rodríguez. Colección: Pertenece a la “Administración lírico dramática”, Madrid 1889 (M BN T-13887).

32 Zarzuela en un acto y verso original de don J. J. Herranz, música de Miguel Marqués, Madrid, José Rodríguez, 1871 (M BN T- 20877, y T-24314). Se estrenó en el Teatro de la Zarzuela en 2- diciembre de 1871; cf. http://www.Zarzuela.net/ref/inzar_nz.htm.

33 Zarzuela en tres actos y verso, Música de Manuel Fernández Caballero y Antonio López Almagro, Madrid, 1884 (Imp. Cosme Rodríguez) (M BN T-10022).

34 Su firma se ve en muchos ejemplares, como leemos en la página “cervantesvirtual” citada.

35 Obtuvo la “silla J, que ocuparon, entre otros, Julio Casares y Antonio Tovar; sustituyó a Don Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, y lo siguió Don Augusto González Besada. En ese momento (también había fallecido don Eduardo Saavedra) doña Emilia Pardo Bazán pidió para ella un sillón en la Academia, petición que le fue denegado, cf. Zamora Vicente A., op. cit., p. 492s., que vemos citado en Charques Gámez, R., *Los artículos feministas en el Nuevo teatro crítico de Emilia Pardo Bazán*, Alicante, Universidad, 2003, p. 24s. Del nombramiento de Reparaz se da cuenta en el Boletín Real Academia de la Historia, 1902, p. 231.

36 Cf. *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Señor Don Juan José Herranz*, Conde de Reparaz celebrada el 13 de abril de 1902. Madrid Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. El discurso ocupa las pp. 8- 40; la Contestación de Santiago Liniers, pp. 43-59. En la Biblioteca Nacional se encuentran varios ejemplares (BN 3- 83159; VC/ 2581/ 44; VC/ 345/ 10; VC/ 443/ 9).

37 Cf. Díez de Revenga, F. J., *Académicos de la Región de Murcia en la Real Academia Española*, Madrid, Real Academia Alfonso X el Sabio, 2006, 24 pp., en pp. 18s. Puede verse también, Díez de Revenga, F.J.- De Paco, M., *Historia de la literatura murciana*, pp. 259 y 302.

38 No es necesario recordar que sus obras dramáticas estaban en verso.

39 Muy elogioso era, lógicamente, el juicio del conde de Liniers, que contesta a su Discurso de entrada en la Academia (cf. nota 36); lo elogia como poeta y autor dramático, aportando juicios de otros, a la vez que ofrece algunos datos biográficos.

40 Lo centraba en “el uso y abuso de los resortes trágicos y en la sombría conformación de los personajes”; cf. *l.l.*

moral, o a “momentos felices que sobrepasan las exigencias de una composición ocasional”, aunque no deje de reconocer que en algunos casos es poco el interés de sus versos. Aunque, a su juicio, carece de personalidad poética, no carece, sin embargo, para él, de “distinción”⁴¹.

Los poemas que hemos conocido⁴² hablan de estas cualidades; facilidad para versificar, elegancia, gusto exquisito cuando así se requiere, ironía y humor cuando es lo conveniente, sentimientos nobles, amor a su tierra y fe en el hombre y su capacidad de enfrentarse a la adversidad⁴³. En *El Arte* editó tres poemas, en los que se percibe, en unos, el tono melodramático; en otro, la parodia⁴⁴. Don Juan Valera incluyó sus versos, tres poemas, dos de ellos rebosantes de “murcianismo”, en el *Florilegio de poesía castellana del siglo XIX*⁴⁵; y es de resaltar que el Conde de Reparaz es uno de los poetas, cuyos versos se insertan en el *Homenaje poético* que se dedica al rey Alfonso XII en 1875⁴⁶. Una poesía todavía inédita sabemos que se encuentra en el manuscrito de Madrid BN 23162-16, junto a otras de Bretón de los Herreros, Gabriel y Galán, Ventura de la Vega etc., y, para terminar, haremos mención de un gracioso y sabroso poema o receta sobre las berenjenas⁴⁷.

En fin, en el poema “El árbol”, que hemos leído —al menos el Profesor Serna y yo— no carece el Conde de Reparaz, ciertamente, de distinción, ni de bello estilo; se percibe en él una facilidad y delicadeza nada vulgares, una fina sensibilidad, capaz de expresar digna y hermosamente el amor a su tierra, quizás acrecido por la distancia, un amor que vemos representado aquí en los árboles que habitan y conviven con los murcianos.

41 Cf. *Cincuenta años de poesía española (1850-1900)*, Madrid, Espasa Calpe, v. II, 1960, pp. 849s. Allí se mencionan sus poemas, “Las campanas”, “Soledad”, “La guitarra”, “Vida y alma”, “La hija del viento” y el lugar en que se encuentran. Cossío alude, por otra parte, a las agrias censuras que le dirigieron, de modo especial Emilio Bobadilla, “Fray candil”, en *Madrid cómico*, número 13 (1901).

42 Sería muy conveniente reunir todos los poemas, y quizá me anime a comenzar la tarea.

43 El soneto con que acaba el Conde de Liniers su Respuesta al Discurso del Conde de Reparaz (cf. p. 59 de la obra cita en nota 36) y que comienza “Ve el hombre el rayo en la celeste altura./ Que ciega y mata, al descender ligero”, etc.

44 Los títulos son: “Dos puertas”, “Dos hermanos” y “Ayer y hoy”, y aparecieron, respectivamente, en los números I, IV y VIII; cf. Ramos Corrada, art. cit. p. 200.

45 Aparecen en el volumen IV, pp. 370 y 373; la obra se publicó en Madrid, 1902. Se trata de “Las campanas”, un soneto sin título que comienza: “De la misma montaña y de igual losa”, y de “Soledad”.

46 *Homenaje poético a S.M. el rey D. Alfonso XII, en su feliz advenimiento al trono de sus mayores*, Madrid, Eusebio Aguado, 1875 (M BN 1/ 11737). El poema lleva por título “El palafrenero”, y ocupa las páginas 111-113; está fechado el 14 de febrero de 1875.

47 Comienza: “Las berenjenas, como legumbres./ son el encanto de mi existencia./ cuando las sirven echando lumbr./ tienen aroma, tienen esencia”.